

Jotabeche

Dice **Manuel Rojas** en unas notas sueltas que andan volando sabe Dios dónde, que aquel muchacho era "pata de perro, bueno para el volantín, reacio para lavarse la cara y bueno para ensuciársela". De esta manera describe a ese niño copiapino que se llamó **José Joaquín Vallejo**, y que en las letras de Chile se conoce con el seudónimo de "Jotabeche".

Pobre en extremo —lo que suele aguzar el ingenio cuando hay buena pasta— José Joaquín debía recorrer las calles de Copiapó vendiendo la bayeta castellana o la tela de percala que su hermano, el sargento Francisco Vallejo, le enviaba a él y a su madre desde Santiago, donde procuraba "hacer carrera".

El escritor que dormía en el alma de José Joaquín fue despertado abruptamente en 1819 con los remezones de un terremoto que obligó a mamá Vallejo a emigrar a La Serena con su prole a la siga. Con certeras palabras Jotabeche ha contado el espanto que produjo ese terremoto: "Abandonándolo todo, las gentes vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares y aplacando con penitencias la cólera divina". Y suspira: "Nada más melancólico que la vista del solar de un pueblo donde ya nadie habita. Un cementerio tiene más señales de vida".

A los 17 años —y en La Serena— se transforma en improvisado preceptor. Basta decir esto para entender que su sueldo era escuálido. Daba lecciones a domicilio con lo que lograba "parar la olla". Además, parece que sus alumnas lo encontraban atractivo, si hemos de creer en lo que él mismo dice en cartas a su madre: "A la Merceditas, que ahí le mando cuatro pepas de **siruela** de Francia, que me las regaló una discípula...".

Ante la bárbara ortografía del futuro escritor, Vicuña Mackenna lanzaba atronadoras carcajadas y afirmaba, ahogándose de la risa, que no estaría fuera de lugar llamar "*maestro siruela*" a Jotabeche.

Pero a pesar de estas limitaciones, la gloria literaria lo estaba esperando en Santiago, adonde llegó en 1830. Impuso su seudónimo como el más saleroso y original costumbrista chileno que desparramó gracia e imaginación en la prensa seca y acartonada de aquellos días. Los costumbristas que vendrán —**Rulz Aldea**, **Pérez Rosales** y hasta **Blest Gana**— mucho le deben.